

se bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las fases más encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café Inglés de París, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.



CAPÍTULO III

En el que la precocidad de los pollos determina
una catástrofe

SENTÉMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la plaza mayor de México.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figón improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zénit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardín, en el que, no obstante, se perciben los aromas de los floripondios, de la miñoneta y de los heliotropos.

Frente á Catedral están sentados en una banca, una dama y un caballero. La dama está envuelta en un manto gris, el caballero tiene un paletó oscuro, y una bufanda le oculta la mayor parte del rostro.

Eran Concha y Arturo.

En el rumbo opuesto, quiero decir, frente al Palacio Municipal, hay cuatro pollos que ocupan otra banca de fierro. Estos pollos son Pedrito, Pío Blanco, Pío Prieto, y un desconocido.

—Es deliciosa, chico, es deliciosa, decía Pío Blanco. Anoche cené con ella; es un poco inculta.

—¿Es posible? dijo Pío Prieto, que

ignoraba lo que había pasado entre Concha y Arturo hacía algunos días; cuéntanos eso.

—A ver, dijo Pedrito, muy lejos de creer que se trataba de su hermana.

—Nuestro hombre estaba en los segundos con la chica, nos picó la cresta á todos los de la carpanta, y nos propusimos averiguar quién era la azul.

—¿La azul? preguntó el pollo desconocido.

—Iba vestida de azul, repuso Pío Blanco, y continuó: nadie la conocía; pero Paco el acomodador nos dió informes y ya con ellos, cataplum, me lancé al palco y saludé, provisto de un alcatraz de dulces; lo ofrezco, ella lo acepta, los convidó á cenar, bebemos mucho Champagne, y después algunos ponches calientes... la cosa es hecha.

Ya en el Champagne, un pieccecito

de la niña me pertenecía; porque han de estar ustedes, que yo acostumbro empezar los telégrafos con los piés: es mi táctica.

—Yo soy lo mismo, dijo Pío Prieto.

—En primer lugar, acerqué mi pié como casualmente, y cuando mi hombre se descuidaba, dirigía yo miradas tiernas á la sirena.

—Miradas melodramáticas, agregó el pollo desconocido.

—Exactamente. Yo creo tener cierta atracción magnética en la mirada.

—¡Presumido! exclamó Pedrito.

—No, chico, eso no es presunción: yo conquisto con los ojos y luego con los piés; con la vista, exploro, y con los piés corroboro: así es que á los ponches ya el piececito de la divina estaba colocado negligentemente sobre el chagrín de mi botín; ¡delicioso!

—¿Y luego? preguntó Pío Prieto.

—Hoy la he llevado una preciosa caja de dulces y un album.

—¿Y qué? preguntó Pedrito.

—El negocio es hecho, la ocasión es la que falta, la conquista es espléndida.

—Te felicito, chico, dijo Pío Prieto.

—Vale la pena de cenar en Fulcheri, dijo el pollo desconocido.

—Aprobado, dijo Pedrito.

—Pío Blanco paga, dijo Pío Prieto.

—No me arredro; en marcha.

—A Fulcheri, á Fulcheri; repitieron los pollos y se pusieron en movimiento.

Las cenas de Fulcheri son generalmente cenas de calaverones, de pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son á media noche y más succulentas de lo que conviene á estómagos enfermizos y metódicos.

Los cuatro pollos sorbieron con delicia el caliente consommé, tomaron jamón de Vestfalia, pavo, pasteles, Champagne y ponches de Kirch-waser.

Todos brindaron á la salud de la azul, y Pío Blanco, en el colmo del agradecimiento, les ofreció otra cena en compañía de la bella conquistada.

Esta palmaria prueba de confianza, hizo estallar el entusiasmo y los pollos prorrumpieron en vivas á Pío Blanco.

—Lástima es, dijo Pedrito, que esa cena sea para dentro de seis meses.

—¡Seis meses! exclamó Pío Blanco.

—Lo menos, dijo Pedrito.

—Dentro de ocho días.

—Que se tome nota, dijo el pollo desconocido.

—Que lo apunte el más viejo de nosotros, dijo Pedrito; ¿cuántos años tienes, Blanco?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pietro?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pepe?

El pollo desconocido dijo:—diez y ocho.

—Tú lo apuntas.

—Corrientes, dijo Pepe, el día 15 será la cena.

—¡No será ese día! dijo Arturo, presentándose de una manera dramática en el gabinete.....

Los pollos enmudecieron.

Pío Blanco, se puso blanco, Pío Prieto rojo, Pedrito verde y Pepe amarillo.

En medio de aquella caja de colores estaba la llama azul del ponche.

Arturo se acercó á Pedrito, y le dijo al oído:

—Llévate á Concha á casa y allí me esperas.

Pedrito obedeció en silencio y fué

á tomar á su hermana, que efectivamente estaba en la sala inmediata al gabinete azul, pues mientras los pollos proyectaban cenar, Concha y Arturo con la misma inspiración habían entrado á Fulcheri.

Arturo se dirigió á Pío Blanco y le dijo con acento de primer galán:

—Salga usted, caballero.

Pío Blanco se puso su sombrero.

—Me permitirás que pague la cena, porque supongo que no me obligarás á aparecer droguero con Fulcheri.

—¡Mozo! gritó en seguida, ¿cuánto se debe?

—Una onza, dijo el criado.

Pío Blanco tiró sobre la mesa una onza de oro y una peseta para el criado.

—Estoy á tu órden, Arturo.

Los cuatro pollos salieron de Fulcheri.

.....

Pedrito y Concha pasaron la noche en vela esperando á Arturo.

A las siete de la mañana salió Pedrito en busca de noticias.

Arturo no había dormido en su casa ni en hotel alguno, ¿en dónde estaría?

Pedrito empezó á sospechar que el lance debía haber sido bastante sério.

Buscó á Pío Blanco y después á Pío Prieto, y por último á Pepe.

Todos los pollos se habían perdido.

Pedrito por lo tanto no sabía qué partido tomar, y regresó á participar á Concha aquella estraña desaparición.

—¡Se habrán batido! dijo esta sobresaltada.

—¿Quiénes?

—Cómo quienes! Arturo y Pío Blanco.

—¿Luego tienes motivos para sospechar que Arturo esté celoso de Pío? Concha no supo contestar.

—¡Responde!

—Pues bien, sí: Pío me enamoraba. Pedrito fingió ponerse furioso.

—No estamos para sermones, dijo Concha resueltamente, busquemos á Arturo.

—Y á Pío Blanco.

—No me provoques.

—Tú le juegas una mala pasada á Arturo, y ya sabes cuanto le debemos.

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Y te lo diré cien mil. Llevas muy malas trazas, vas á acabar mal.

—¿Y tú?

—¿Yo? soy hombre y trabajaré, pero tú?

—¿Qué oficio tienes?

—Eso es cosa de mi capote.

—De mi capote, repitió Concha ahuecando la voz.

—¡Estúpida!

—Tengamos la fiesta en paz y volve por ahora á buscar á Arturo.

—¿En dónde quieres que le busque? No está en su casa, no está en ninguna parte.

—En alguna parte ha de estar.

—Estará en la cárcel.

—Puede ser.

—¿Qué dices?

—Que nada extraño sería que estuviese en la cárcel.

—¿Sabes que dices bien?

—¡Pues ya lo creo! Vé á la Diputación.

Con este nombre distinguen algunos el palacio Municipal de México.

Pedrito salió de nuevo en busca de Arturo. A pocos pasos de la casa de Concha, Pedrito encontró á un pollo.

—Chico, le dijo este, no vayas á la oficina.

—¿Por qué?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.M.

—Porque ya es inútil que te moles-
tes.

—¡Cómo!

—El jefe te ha destituido.

—Te chanceas.

—Ayer se ha puesto la órden.

—¿Y por qué motivo?

—Por inútil y por moroso en el
cumplimiento de tus deberes.

—¿Pero eso es cierto?

—Palabra de honor.

—Ya me lo esperaba, el jefe no
me puede ver, y es porque sabe que
mi padre anda en la revolución; pero
no importa, todas estas son intrigas
de mis enemigos, ya sé de donde vie-
ne el golpe; pero te juro que le he de
romper los anteojos al tal jefe, ¡ig-
norantón! que ha ascendido por favori-
tismo.

—¡Hombre, Pedrito!

—Seguro, eso es por su mujer.

¡Echarme como si fuera yo un criado!
¡ya se vé! ¡si no se puede ser em-
pleado! pero deja que triunfe la re-
volución, chico, y verás adonde se va
el jefe hipócrita, santurrón: no me pe-
sa. Con que no debo ir ¿eh?

—Creo que no debes presentarte á
recibir el desaire.

—Iré, y mucho que sí, para decirle
á ese viejo cuántas son cinco.

—Haz lo que quieras: te dejo por-
que van á dar las nueve. Adios.

—Adios.

Y Pedrito se quedó estático: des-
pués se rascó la cabeza, se echó
hácia atrás el sombrero hasta descu-
brir el pelo de la frente, se colocó
las manos en los bolsillos y comenzó
á andar, silbando quedito. De vez en
cuando interrumpía su aria con una
blasfemia que murmuraba por lo bajo,
pero que no siempre pasaba desapen-

cibida para los transeuntes, que se reían del pollo desvelado y maldiciente.

En cuanto á Concha, ataviada aun con el traje del paseo nocturno, había cambiado solamente el manto gris por un rebozo azul.

El rebozo es el más íntimo confidente de la mujer en México. Las costumbres francesas se han estrellado generalmente ante el uso de este adiminículo indispensable, ante esta acentuación de la nacionalidad, ante ese chal de extraña flexibilidad y característico de México.

La mujer y el rebozo son el único matrimonio completamente feliz: sobre los hombros de la propietaria se adapta á un millón de *partidos de paños*, como dicen los pintores.

Cuando el rebozo está sobre los hombros y después del emboce vuelven á subir las dos puntas sobre el

hombro izquierdo, la mujer está ocupada; entonces el rebozo quiere decir tráfago, haciendas, ocupaciones domésticas, preparativos.

Cuando el rebozo en los hombros está cruzándose sobre el hombro y cae más abajo de la cintura, es señal de que el talle de la propietaria está invisible, los broches están divorciados, y la pureza de las líneas está en bosquejo.

Pero cuando este lienzo elocuente está cubriendo la cabeza hay que temer cosas graves, y es una infalible señal de alarma: en primer lugar, el tocador está en inútil espera, los postizos están en dispersión, y la propietaria está confiando á su rebozo males físicos ó morales, la propietaria está triste, tiene jaqueca, ha recibido malas nuevas, y la diosa de la moda y los geniecitos del tocador están bostezan-

do y muriéndose de fastidio porque la hada del gabinete de los secretos está transigiendo con la prosa vil de la vida.

Ultimamente, cuando el rebozo cubre parte de la frente, la boca y parte de la nariz, el drama es inconcuso, la propietaria ha tocado el sumum del malestar, de la displicencia, del frío, de la pereza, del dolor, y de todo lo sombrío y siniestro.

El rebozo de Concha no le dejaba descubiertos mas que los ojos.

Aquellos ojitos estaban inyectados y se clavaban en el suelo como leyendo en las flores de la alfombra una porción de cosas tristes. Concha comenzaba á ser infeliz, y estaba abriendo ese libro de negras páginas, y del que cada capítulo va conduciendo al alma á un índice horripilante.

Hay una nube sombría en el porve-

nir que de repente se interpone entre nosotros y el sol de nuestras dichas pasajeras, y las intuiciones de lo cierto, de lo desconocido, de lo pavoroso, nos hacen estremecer, como á la vista de un precipicio palpable.

El libro de nuestra vida repite, como las grandes composiciones musicales, los temas, los motivos y las ideas de la introducción.

Labradores de este campo que se llama la vida, recojemos indispensablemente los frutos de nuestra siembra de ayer, la tierra nos devuelve con usura lo que le confiamos, para tener derecho á que le devolvamos lo que nos confió: nuestro cuerpo.

Concha empezaba á recojer.

Todos para recojer miramos al suelo, donde pusimos los piés; allí esta la huella, no lo podemos negar.

Hay frutos amargos.

Al verlos los regamos ya tarde con una lágrima. Al recojer los frutos buenos, levantamos la frente al cielo.

.....
Concha no levantaba la frente.

¡Pobre Concha!

Su meditación fué interrumpida por la voz de una criada. Esta criada era Soledad, que hacía notable contraste con el lujo de la pequeña habitación: estaba andrajosa y sucia, tenía como veinte años, una fisonomía bronceada trazada con esas líneas elocuentes, que dibujan la disipación y la mala vida: sus cabellos estaban ordinariamente erizados, y el poema de aquella existencia misteriosa, estaba representado en dos circunstancias, á saber: en el desaseo y la incuria de la criada, y en sus piés.

Esta criada calzaba unos magníficos botines de seda solferinos esquisitamente adornados.

Soledad había visto realizado su ensueño:

En cuanto á Madama Luisa, se había despedido desde el día en que Arturo minoró las propinas.

Soledad entró; vió á Concha cabizbaja y se sentó en la alfombra enfrente de su ama:

—¿Qué? murmuró apenas Concha

—La comida.

—No como.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Que no hay comida.

—Mejor.

—¿Cómo mejor, y yo?

—Es verdad, dijo Concha tomando unas llaves que alargó á la criada.

Esta se levantó y fué á abrir un ropero, cuya puerta era un espejo.

La horrible cara de la criada se reprodujo allí como en un gran marco